

Útero - 7 poemas de amor

Alberto Vázquez

Biblioteca Babab

www.babab.com/biblioteca

Septiembre 2000

ISBN: 84-931675-0-9

Copyright © 2000 Mañana Es Arte A.C

Copyright © 2000 Alberto Vázquez

Uno

*No comprendo que pueda existir
algo más maravilloso que yo mismo.*

Walt Whitman.

*Hablo sobre mí mismo porque yo soy
la medida del mundo.*

Gabriel Aresti.

Abro los ojos y observo mi entorno
el horizonte tan sólo se proyecta unos centímetros delante de mí
se aparece curvo, quizás no sea más que un efecto óptico.
El horizonte es blando, alargó mi mano y hundo los dedos en él,
lo golpeo con mi pie extendido.
Hay alguien más allá del horizonte, estoy segura,
evoluciono un lenguaje que me permita comunicarme con ellos,
responden a mis señales,
interpreto las suyas sin mucho éxito,
no les doy demasiada importancia,
son una curiosidad en mi vida,
algo inexplicable para lo que no encuentro razonamiento válido.
No son lógicos, no responden a nada de lo que pueda comprender
¿disponen de atmósfera acuosa?
¿permanecen unidos a ella, se alimentan y, con ella,
son un todo íntegro en el que el universo y yo somos la misma cosa?
No lo sé, no me importa, tengo cosas más importantes en las que pensar,
conformo mi obra a un ritmo razonable,
estará preparada dentro de varios meses, lista para ser expuesta en todos los
 confines del universo
hasta el lugar donde mi conciencia tiene presencia.
Los que viven más allá del universo deben esperar.
Sospecho que son insignificantes
¿algo tan maravilloso como yo misma puede tener igual más lejos de lo
 conocido?
Mi casa es el universo,
una definición razonable

viejas teorías viven dentro de mi cerebro.
Coinciden en avalar mi pensamiento,
incapaces de comprender lo que se esconde tras las estrellas más cercanas,
se declaran impotentes, no-sabios, asienten y en mi cerebro resuena:
cualquier definición del universo es válida, ninguna hierra en su génesis, agua,
tierra, fuego, aire,
palabras que llegan a mí desde el pasado y que nada significan
mi aire es líquido e irrespirable,
la teoría de la relatividad de Einstein llega ahora desde el fondo
existe o no existe, es igual, el Big Bang latió en el principio como consecuencia
de la conclusión de lo anteriormente existido,
o no lo hizo, es igual,
todas las suposiciones son indemostrables.
Yo yazco en mi universo, llamado útero,
alzo mi dedo hacia el horizonte blando, siento felicidad, conformo mi obra.
Pienso en lo que soy, hacia dónde tiendo,
mi mirada entornada escudriña el universo,
he abierto los ojos.
Aprehendo mi entorno, lo fijo dentro de mi cerebro,
reflexiono sobre lo que soy,
sé lo que soy y sé que yo soy mi propia obra
mi maravillosa existencia es lo único que define el universo.
Porque ambos somos la misma cosa
vivimos en la misma dirección.
Oigo a los seres que tratan de comunicarse conmigo desde más allá del
horizonte.
Lo golpean desde el otro lado, emiten sonidos inconexos, a veces llegan
melodías a mis oídos incipientes.
Sé de qué se trata, recuerdo todo lo anteriormente sido.
Mozart escribió esta música hace doscientos dieciséis años,
yo escribí esta música hace doscientos dieciséis años,
yo soy Mozart.
Recuerdo, mientras mi música me arrulla;
la teoría de la relatividad de Einstein
llega nítida a mi conciencia.
La reconozco sin trabas, la comprendo sin dudas.
Yo la escribí sobre una pizarra hace ochenta y un años,
la desarrollé sobre trozos de papel tamaño cuartilla,
veo mi imagen reflejada en un espejo: soy un hombre joven y no tengo bigote,
ahora lo comprendo, yo soy Einstein
y aún no he emigrado a los Estados Unidos de América.

Chapoteo, alegre, en mi entorno, estiro la espalda, arqueo los brazos, abro los
ojos y observo,
sé quién soy, mejor,
sé qué soy,
mi obra está próxima a ser conformada
tan sólo quedan unos días.
Estiro los brazos. Ahora lo comprendo, yo soy Johnny Weissmuller y aún no he
emigrado al corazón de África.
Giro y giro en torno al cordón umbilical,
noto, tensos, mis músculos y tendones.
Soy poderosa, la reina del universo.
Escudriño el horizonte, abro la boca y grito.
Resuena mi aullido en la estancia.
El silencio me lo ha devuelto. Decididamente, sé qué soy.
Mi obra está completa.
Yo soy una manzana madura que se desprende de la rama, que se arroja al
vacío, que se dota de un porvenir incierto.
Sola, me transformo en insignificancia.
Voy a nacer.
Mi conciencia se disgregará en millones de millones de millones de existencias
y en una de ellas residiré para siempre.
Olvidaré mi presencia global, mi todo unitario.
Dejaré de ser el universo para pasar a ser una sola y diminuta parte de él.
Mi obra está conformada en su totalidad.
Ya no sé qué soy.
Vagaré el resto de mis días buscando un rumbo.
Trataré de ser feliz.
Curiosamente, sigo siendo igual de maravillosa.

Dos

Útero
patria que me reúne,
de atmósfera acuosa y de sabor dulce,
de horizonte cercano, abarcable,
alargo mi brazo y lo toco con la punta de mis dedos,
bullicioso,
ruidos en torno a mí:
al norte, dum, dum, algo suena rítmico y constante,
es el sol de mi constelación, en torno a lo que todo lo que conozco se ordena,
seguro y permanente, le llamo sol y su presencia me tranquiliza;
al este y al oeste, delante y detrás, foc, foc, cada uno hace su trabajo, sin prisas,
sin descuidos,
comprimen e hinchan el horizonte, la frontera de mi patria;
al sur, clan, clan, los líquidos recorren su camino,
llenen oquedades y desaparecen más allá, hacia lugares que no alcanzo a
reconocer;
por todos lados, zis, zis, la sangre circula cansina:
es mi aire, una senda que me trae la vida.
Sonidos forman mi patria, me arrullan, me quieren,
no estoy sola, no,
ellos son mi familia,
no conozco ninguna patria distinta del amor,
esto que el cercano horizonte circunda.
Si algo existe más allá de mi lugar
eso será
el silencio.

Tres

Aprendo a estructurar mi pensamiento
y pienso que
en este gran país mío siempre atardece a treinta y siete grados centígrados,
que yo soy el propio atardecer que cae sin prisa,
que yo lo soy todo en este país,
que yo soy país y me envuelvo a mí misma.
Aparecen estrellas lejanas en mi pensamiento, identidades a las que nadie ha
nombrado
porque no hay nadie más que pueda nombrar
porque todo lo nombrable soy yo misma.
Estrellas que chocan en los confines del universo, se calientan en un instante y
tardan varios millones de años en enfriarse,
ahora las reconozco, son yo
todo ello sucede en mi cálido útero
o en el confín del universo, es lo mismo.
Los sonidos que emito constituyen el Ruido
y nada suena ajeno a él.
Porque el silencio es la muerte de mi existencia, el nacimiento a otra conciencia
de la que nada sé.
Abro los brazos y navego, ingrávida, sin rumbo fijo.
Nada me es incomprensible.
Aúno en mí lo que ya ha existido y lo que resta por ser.
No tengo Tiempo.
Soy un ser maravilloso.

Cuatro

Agacho la cabeza y, con mis ojos incipientes,
me observo.
Me contemplo, y contemplo lo que me rodea.
Todo es prácticamente lo mismo: yo.
El universo conocido se reúne en torno a mí,
nada parece existir más allá de un horizonte que alcanzo a tocar con la punta de
mis dedos.
Me observo.
Soy un ser maravilloso que nada en una atmósfera blanda,
a la que me uno y de la que dependo, que soy yo, que confundo conmigo.
Veo mi piel, y veo a través de ella, mis huesos adquieren dureza, la arteria aorta
bombea sangre, lo observo tras mi piel transparente.
Es el único sonido que rompe mi silencio, siempre continuo, siempre periódico,
sin desfallecer un solo instante.
Alargo mi mano y toco el límite del universo,
límite blando y opaco que me envuelve allá donde mire.
¿Qué es él? ¿cuál es su naturaleza?
Me es ajeno, no lo siento, no lo reconozco como parte de mí.
Me protege.
Sea lo que sea lo que existe más allá,
si hay más allá, si algo existe tras más allá,
me protege.
Ahora lo recuerdo.
Llega débil de uno de los rincones inmaduros de mi cerebro.
Hago un esfuerzo. Ahora lo recuerdo.
Hay alguien superior a mí que me protege y guía mis pasos. No estoy sola en la
existencia.
Alargo mis dedos y toco el horizonte blando.
Reconozco la presencia de mi dios.

Cinco

No reconozco otra patria diferente del amor,
magnífico país construido con la mano diestra de mi pensamiento,
razón suficiente para permanecer en esta vida un poco más
y conocer,
con mis propios ojos, tu rostro sereno que aún no respira.
Adquiere conciencia, razón
sabes que estoy aquí
ahora yo pienso por los dos.
Has de llegar y matarme hija mía, es tu deber;
tu conciencia y la mía son la misma cosa,
un ente maravilloso que ni se crea ni se destruye,
sólo se transforma.
Nada de lo que te digan será cierto,
todo lo que te diga será cierto;
nada de lo que me digan será cierto,
todo lo que me digas será cierto.
Seremos la verdad de nuestro amor,
toda certeza será previamente construida por nosotros dos
y nada permitiremos que exista más allá de esta patria
por la que daremos la vida
y la muerte.
Adquiere razón, piensa, mátame lentamente.
En la muerte está mi permanencia.
A través de ti respiro, existo,
pienso;
nos envuelve ese maravilloso país llamado amor
en el que yo soy el rey regente
cuyo poder tú has de asaltar.
Adquiere fuerza, vida mía.

Seis

*/ hoy reside Dios sensible poético visual en mi noroeste más cerca
de mí / su último refugio el corazón del hombre*

Jorge Oteiza.

Presento mis renunciaciones por escrito;
adquiero conciencia y sé.

Todo no es más que un cementerio original, esencial,
que existe siempre, en todas direcciones, hacia el útero, hacia la muerte,
y no depende de que nuestro corazón lata a una determinada velocidad.
Sólo existe la Gran Muerte en la que todos somos ciudadanos sometidos a su
ley.

Lo demás son tránsitos de ella, hacia ella.
Donde muerte significa pervivencia infinita,
queredme y seré eterno,
quereos y no habrá olvido para vuestros nombres.

Vivimos en el amor,
adquirid conciencia,
pues no hay más explicaciones.

Dios mismo trabajó durante seis días y seis noches
y no es cierto que descansara en el séptimo día,
continúa trabajando seis días más, seis noches más, seis días más.

¡Eh! Daos cuenta de lo que soy capaz de construir con mi mano diestra.

Fijaos. ¿Me amáis ahora?

Y ante el silencio, que también es creación suya, por respuesta,
construye puentes que atraviesan ríos, ríos que fluyen al mar, mares que bañan
ciudades.

¡Eh! Miradme. ¿Me amáis ahora?

Soy un dios con el tiempo justo,
no lo perdáis nombrándome, no lo desperdiciéis adorándome.

Daos cuenta:

Sois fragmentos de una gran obra magnífica que a mí también me supera.

Destelleáis como las gotitas de agua de una tormenta:

aquí brilla una ahora, y desaparece,
aquí brilla otra ahora, y desaparece,

la tormenta permanece, su destino es superior,
una patria perfecta en la que vivir.
Renuncio a todo
y me sumo, como una gotita más,
a ella.

Siete

Extraña máquina de comprender cosas
requiere entrenamiento previo
no es infalible
pero generalmente hace su trabajo.
Adquiere conciencia.
Yo no existo, no soy nadie.
Mira mi rostro y comprende que él es el mapa de tu patria.
El amor es la única casa de has de defender.
Adquiere fuerza.
Mi brazo se cansará pronto y la espada que sostiene es pesada.
Mi discurso se agota, languidece. Siento que se retuerce dentro de mí sólo
sostenido por el deseo que tú has de matar.
Acaba conmigo.
Mi discurso se cansa, mi brazo se agota
nuestra estirpe ha de perdurar, nuestra patria vivirá siempre.
Adquiere conciencia.
Mi amor no conoce este ni oeste, norte ni sur.
Es inalterable al viento o al sol.
Existe sin direcciones, sin lógica aparente. Luce, amargo, en mi garganta.
Soy el soldado que defiende la patria, hueco pequeñito donde vive nuestro
amor.
Aseguro que daré muerte a quien pretenda mi mal. Sin remordimiento.
Respeto la única patria que has de conocer.
Yo soy ese ser que duerme, silencioso, a tu lado.